

Uno de los nuestros: Valentín Andrés Álvarez

Sr. Presidente,

Sras. y señores académicos:

Comenzaré disculpándome. En tiempo de tan intensa adversidad —en lo sanitario, en lo económico, en lo político—, no traigo hoy análisis alguno sobre ello, y en cambio recabo su atención sobre algo muy alejado del momento presente: las vicisitudes biográficas y la impronta de Valentín Andrés Álvarez, académico que fue de esta corporación durante tres decenios, entre 1952, cuando tomó posesión, y 1982, año de su muerte. Ojalá que el recuerdo de quien fue un buen académico sirva al menos como elemento cohesionador entre quienes ahora lo somos. De ahí, el título que he escogido (tomándolo de una película de Scorsese sobre un colectivo ciertamente muy distinto): “Uno de los nuestros”.

* * *

Sobre Valentín Andrés Álvarez he escrito en numerosas ocasiones. La más reciente es la que me proporcionó, hace algo más de un año, el encargo de ocuparme de él en un ciclo de conferencias con motivo del 75º aniversario de la actual Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense. Retomo ahora en buena parte lo expuesto entonces. Lo hago con gusto. En un excelente volumen que recoge la correspondencia entre Thomas Mann y Hermann Hesse, este le escribe el 21 de marzo de 1935 —¡atención a la fecha!— un párrafo memorable: “Cada cierto tiempo, cuando la atmósfera se me hace demasiado irrespirable y me siento abatido y sin ganas de vivir, pienso en ud., siempre con buenos deseos”. Justo es eso —buenos deseos— lo que me inspira a mí volver sobre Valentín Andrés Álvarez y Álvarez.

La obligada brevedad me impedirá el detalle que reclama una trayectoria vital que escapa del encasillamiento y una obra que es fruto de distintas dedicaciones. Aspiro, no obstante, a captar algo de su espíritu, de su personalidad, aunque huyendo de la hagiografía: el espíritu habita en un cuerpo de carne y hueso.

Distinguiré primero las etapas de su itinerario biográfico, para terminar con unas notas sobre su estilo de ser y estar. Tanto su obra literaria como sus aportaciones como economista han sido objeto de no pocos análisis (a Alfonso Sánchez Hormigo le debemos los más amplios y, a la vez, sutiles). Yo trato de captar —lo repetiré— los motivos y el sentido de una peripecia biográfica tan larga como poco rectilínea. Larga, dado que la esperanza de vida de los españoles nacidos a finales del ochocientos no alcanzaba los 40 años, y nuestro hombre, nacido al comenzar el decenio de 1890, falleció con 91 años ya cumplidos (1891-1982). Poco rectilínea, por los giros acusados en lo tocante a actividades e intereses prioritarios, como si se hubiera propuesto negar el principio de la ventaja comparativa ricardiana, según advirtió Fuentes Quintana al reformular en lenguaje económico un señalamiento de Ortega que hizo fortuna: Valentín Andrés Álvarez, “el hombre que siempre está dejando de ser algo”.

Cinco etapas

En el recorrido biográfico, son cinco los tramos que cabe distinguir, dejando fuera niñez y adolescencia transcurridas en su villa natal (Grado, Asturias).

El primero abarca cerca de tres lustros, entre 1907 y la década de 1920 ya avanzada. Durante esos aproximadamente quince años, Valentín Andrés Álvarez sumará estudios superiores en muy diversos campos del conocimiento: licenciatura de Farmacia, licenciatura en Ciencias (Física y Matemáticas), doctorado en Ciencias, cursos de Metafísica (Ortega) y de Ética (García Morente), todo ello en la Universidad Central (Madrid); luego, estudios de Astronomía en la Universidad de La Sorbona (París), para desembocar finalmente en la “carrera de leyes” (en Oviedo y Madrid), cuyo grado de licenciatura alcanzará en 1924.

Un bagaje formativo tan plural y poco rutinario requiere sin duda capacidad intelectual y gusto por el estudio, pero además, claro está, el sostén económico ininterrumpido que le brinda una madre devota de este hijo, después de haber perdido —por fallecimiento— al marido y al hijo mayor, el único hermano de Valentín Andrés. No es este un dato desechable: prolongar la etapa de estudios superiores fuera de Asturias, le permitirá alejarse de una entristecida casa familiar y compatibilizar más libremente el estudio con la frecuentación de seductores ambientes literarios, y tanto en el Madrid que bulle y cambia de los años 10 y 20, como en el París vitalista que quiere dejar atrás los horrores de la Gran Guerra.

Hay tiempo para todo y en cada sitio encuentra consejo o tutela. En el ámbito universitario, su mentor principal será Laureano Díez Canseco, tío del padre de Valentín Andrés y catedrático de Historia del Derecho, uno de los “raros” genialoides de la celebrada “galería” que compuso Ramón Carande; Díez Canseco orientará los sucesivos pasos del brillante estudiante que salta con facilidad de un campo a otro del saber. Pero también son obligadas las referencias a Blas Cabrera, que lo acogerá como becario en el Laboratorio de Investigaciones Físicas, y a Manuel García Morente, quien le invitará en 1915 a dar clases de Física y Matemáticas en la recién abierta Residencia de Menores, pronto convertida en Instituto-Escuela. Y como no, la del propio Ortega, que lo incorporará sin tardar a su círculo, como lo prueba encontrar a Valentín Andrés Álvarez en la relación de los 99 miembros de la efímera —casi un trampantojo— Liga de Educación Política Española (1914), brindándole después las páginas de *Revista de Occidente* para algunas de sus primeras publicaciones. Una sobresaliente nómina que completará algo más tarde Antonio Flores de Lemus.

En el mundo literario, a su vez, es Ramón Gómez de la Serna quien tiene acusadísima influencia en la producción narrativa y teatral de Valentín Andrés Álvarez, ampliando así una galería de nombres al menos en parte representativa de la historia intelectual de la España del primer tercio del siglo XX, que no deja de ser una versión discreta de la *plenitud* creativa europea, en la ciencia y en el arte, de los decenios interseculares.

Se trata del atractivo escenario que forma la “edad de plata” de la cultura española. En él Valentín Andrés se mueve ágilmente —y quizá con demasiada ligereza—, como se desprende de sus propios escritos autobiográficos (*Apunte autobiográfico*, publicado en 1930 y *Memorias de medio siglo*, en los años 70). Aprendiz aventajado de casi todo aunque en nada profesionalizado. Más de quince años a la búsqueda de algo que polarice su interés y concentre su dedicación. ¿Alguna explicación? El aducirá, como herencia paterna, la “falta de voluntad” y el “carácter voltario” que le abocarán a ser “solo (...) constante en la inconstancia”. Pero en esa suerte de huida hacia delante hay también —cabe especular— otros componentes. Primero, el deliberado alejamiento físico —lo repetiré— de un entorno familiar marcado por dos muertes tempranas: la del hermano mayor y único de Valentín Andrés, cuando éste tiene solo siete años, y la del padre, diez años más tarde; segundo, dar la espalda a un horizonte laboral al que parecía predestinado: oficio y oficina de farmacia, herencia del padre, farmacéutico en Grado; tercero, el rechazo, cuando todavía hay tantas opciones abiertas, a lo que pueda imponer el reglamentado discurrir de un ejercicio profesional, escalafonado: “algo espantoso y macabro; camina movido por la muerte y únicamente en tiempos de epidemia acelera un poco su lento compás de marcha fúnebre”, escribirá cuando ya hace tiempo que ha cumplido treinta años.

El decenio de 1920, aunque sin límites rígidos, enmarca una nueva etapa reveladora de aptitudes y moldeadora de rasgos de carácter. Los diez años, aproximadamente, en que Valentín Andrés Álvarez vive más intensamente los ambientes literarios y comparece públicamente como novelista y dramaturgo, además de un breve escarceo por la poesía. Partícipe de la bohemia literaria que se cultiva en los cenáculos madrileños desde años antes, se hará asiduo del Ateneo, cuando esta centenaria institución conoce su mejor momento, así como de algunas de las tertulias más conspicuas: la que tiene a Ortega como astro central (“en la tertulia de Ortega sólo se escuchaba a un contertulio: a Ortega”); la de Granja del Henar, donde brilla Valle-Inclán; la del café Regina, con Giménez Caballero, Azaña, Prieto y D’Ors, hasta recalar y hacerse miembro renombrado en la más legendaria de todas, la ramoniana de la Cripta de Pombo. En esos irrepetibles

foros, la inclinación por la escritura le irá ganando la partida a los estudios de Farmacia, Física, Matemáticas y Derecho.

El año y medio de residencia en París hará el resto: los meses que transcurren entre octubre de 1919 y la primavera de 1921 no los aprovechará Valentín Andrés para ampliar conocimientos en Astronomía, como le había recomendado Blas Cabrera, sino para zambullirse en el mundo de las vanguardias literarias y artísticas postmodernistas —el reino de los *ismos*— que entonces marcan territorio, con Apollinaire y Tristan Tzara a la cabeza, llegando a formalizar su afiliación al “Grupo Internacional Dadá”, a la vez que se hace habitual de concursos y convocatorias de baile en el Barrio Latino: “había ido a París a hacer un curso de Mecánica celeste e hice celeste mecánica”, confesará luego sin rubor. El resultado es que de la capital del Sena regresa —tras imperioso reclamo materno— con un prescindible tomito de poemas, *Reflejos* (publicado en 1921, del que nunca se va a mostrar luego satisfecho: “la verdad es que como poeta fui bastante malo”), y el propósito de probar suerte en la creación literaria.

Lo hace con cierta continuidad durante los años siguientes. Logrará reconocimientos de tono menor para sus novelas *Sentimental-Dancing* (de 1925, donde recrea, como ficción, sus andanzas parisinas) y *Naufragio en la sombra* (de 1930, con huellas también autobiográficas perceptibles); en cambio, cosechará aplauso mayoritario para su primera y más celebrada obra teatral, *¡Tararí!* (estrenada en Madrid en septiembre de 1929 y luego representada exitosamente en otras capitales españolas y de América: La Habana y la hoy Ciudad de México). Entre medias, colaboraciones en *Revista de Occidente* (ya desde 1925, esto es, cuando aún no se han cumplido dos años de la puesta a punto de esa duradera empresa intelectual orteguiana), páginas siempre de corte literario, y la participación en algunos emprendimientos en ese campo, como la fundación en 1925, junto a Guillermo de Torre, Benjamín Jarnés y el poeta ultraísta César A. Comet, de la revista *Plural* (cuya cortísima vida, tan solo tres entregas, no sería en la época ninguna excepción). Así, pues, tanto por su obra literaria como por su presencia en unas u otras iniciativas, cabe encuadrar a Valentín Andrés Álvarez en “la otra

generación del 27” de la que hablara José López Rubio, la que tiene a Ramón Gómez de la Serna como “santo Patrón”.

Pero justo cuando la creación literaria, al alcanzar cierto relieve como autor, parecía una vía de profesionalización, la trayectoria de Valentín Andrés Álvarez hace un nuevo quiebro, para adentrarse en otra etapa, la tercera según nuestro recuento. Ahora el objetivo central será otro: conseguir una cátedra de universidad que aporte estabilidad y le permita enseñar en las aulas de estudios superiores. Con toda probabilidad, es un cambio que no se hace sin pesar —“escritor” es lo que “le hubiera gustado ser más plenamente”, reconocería mucho más tarde—, pero las circunstancias mandan, una vez que ha contraído matrimonio (1927) con Carmen Corugedo, también natural de Grado, de familia acomodada y formación institucionalista, y llegan algo después los dos hijos de la pareja (1932 y 1934). Es el turno de “los años sin excusa”.

La mirada se pone en la Cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Oviedo, vacante al fallecer en 1930 quien era su titular, Isaac Galcerán (también ese año morirá Laureano Díez Canseco, con tanta ascendencia sobre Valentín Andrés Álvarez). Lo que desde bastante antes no pasaba de ser una expectativa más o menos remotamente contemplada cuando no eludida, se convierte entonces en una oportunidad que conviene aprovechar. Azar y necesidad van a encadenarse.

El primer eslabón, es verdad, data de bastante antes: el estudiante de Astronomía estelar en París descubre casualmente un nuevo campo de estudio que le resulta incitante: la Economía Política. Es en la biblioteca de Santa Genoveva y una tarde de 1920, al reparar en “un libro abandonado” en el pupitre que se dispone a ocupar. Se trata del *Manual de Economía Política* de Vilfredo Pareto, el sucesor del gran Walras en la Cátedra de Lausana y él mismo “un economista matemático de primera fila”, como subraya Julio Segura en su “Estudio introductorio” a la reciente edición en español de esa obra (2019). La atención se centrará inicialmente en el *Apéndice*, “uno de los primeros y más famosos tratados de Economía Matemática” — según lo valorará

después el casual lector de aquella tarde parisina—, para recalar después en los sucesivos capítulos de todo un extenso volumen que le acabará seduciendo (“me picó, y me intoxicó”), al punto de tener a ese texto como temprano responsable de fijar su “destino definitivo de economista”.

Desde 1930, en todo caso, la preparación de la cátedra será objetivo prioritario, alargándose inesperadamente algo más de una década, pues no será hasta 1941 cuando se publique la convocatoria del correspondiente concurso-oposición. Tan prolongada espera permitirá, sin duda, profundizar en las materias que habrán de explicarse, pero también, dado lo desproporcionado e inesperado de su duración, producirá desasosiego, apenas contrarrestado por cometidos que solo exigen muy parcial dedicación. Por ejemplo, la codirección, al lado de José Antonio Rubio Sacristán, de la Sección de Economía del Instituto de Economía y Estudios Internacionales que la Junta de Ampliación de Estudios crea en 1934. Poco después, los años de la Guerra Civil, con su inevitable carga de inseguridad y tribulaciones, cuando también muere la madre (1937), completarán un tiempo en que se opaca la proyección pública de Valentín Andrés; un tiempo que este no querrá recordar más tarde: “el decenio del treinta al cuarenta” —escribirá sin ocultar desgarro— “fue de años tan ásperos y desapacibles que los he enterrado en la fosa común del olvido”. Revelador testimonio de un hombre moderado y culto, solo tentado fugazmente —junto a Manuel Pedregal— por la política en el ámbito del partido melquiadista.

Lo que viene a continuación supone otro cambio —y esta vez radical— en su recorrido biográfico. Salvadas las dificultades iniciales que le plantean sus no disimuladas convicciones liberales y su cercanía a lo que se ha salvado del institucionalismo, Valentín Andrés puede pronto ejercer como catedrático de Economía (desde 1942), abriéndose para él una nueva etapa —la cuarta a nuestros efectos— que, ahora ya sin interrupción alguna, llega hasta la obligada jubilación administrativa, en el arranque de la década de 1960. Magisterio desde la cátedra con plena madurez intelectual y emocional. Quince meses en la Universidad de Oviedo y luego quince holgados años en Madrid. Atrás

quedarán otros cometidos y tanteos. El cambio no es solo de decorado: nada queda del diletantismo de antaño en el profesor que ahora contribuye a formar a sucesivas promociones de economistas. El hombre ahora dedicado a las obligaciones universitarias se aleja del que en otra época había pasado “sobre tantas cosas rozándolas apenas, de puntillas”, según propia confesión.

Los jalones de esa nueva andadura son conocidos. Alfonso Sánchez Hormigo y Juan Velarde Fuertes los han glosado, y no es este lugar para relacionarlos; bastará con un rápido apunte de lo esencial. Doctor en Derecho desde julio de 1940, dos años después, en julio de 1942, obtiene la cátedra de Economía Política en la Universidad de Oviedo, trasladándose, a comienzos de 1944, a Madrid para hacerse cargo de una de las cátedras de Teoría Económica en la recién creada Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, primero interinamente y, desde noviembre de 1945, en propiedad, tras superar un obstáculo sobrevenido al publicarse, mientras realiza el concurso-oposición, su laudatoria glosa a la obra de Hayek, *The Road to Serfdom*. Aquí enseñará desde el primer día, compartiendo también desde el primer momento las tareas organizativas y de planificación que requiere esa nueva oferta de estudios universitarios: un verdadero “creador de ambiente”, en suma, por decirlo al modo de Schumpeter sobre Max Weber.

Explicará un curso de Introducción a la Economía Política, y otro que sirve de broche al final de la licenciatura: Historia de las Doctrinas Económicas. Sus clases eran “realmente prodigiosas”, recordará muchos años después Velarde, alumno de la promoción que estrena la Facultad. ¿Claves? Dominio de la materia, orden, claridad expositiva y —lo que siempre es una eficaz herramienta didáctica— gran capacidad de ejemplificación (algo, esto último, que ya Jarnés advertiera en el Valentín Andrés narrador, “muy ducho en vestir a las abstracciones de paisano”). Capacidad docente más que notable, en definitiva, que no es difícil entrever en las páginas de los volúmenes que muy pronto recogieron, casi literalmente, las explicaciones “del profesor”: *Apuntes de Introducción a la Economía Política* y, en otra versión, *Apuntes de Introducción a la Teoría Económica*.

Profesor eminente en el aula, también es autor distinguido de colaboraciones en las principales revistas académicas o especializadas de la época: *Revista de Estudios Políticos* (ya desde 1941, y de la oportuna mano de Ramón Carande), *Anales de Economía*, *Revista de Economía Política* y *Moneda y Crédito* (editada esta última por la Sociedad de Estudios y Publicaciones, “refugio” de no pocos señalados liberales en el invierno más crudo del franquismo). Son trabajos que componen una miscelánea: recensiones y glosas de novedades bibliográficas, estudios sobre obras y autores con cierto relieve en la historia del pensamiento económico, investigaciones propias en el campo de la economía aplicada, y también ensayos con algún aliento teórico. Cuatro temas sirven de aglutinante: definición de un sistema que asegure las libertades económicas; lucha contra la desigualdad; análisis de las interdependencias de los distintos sectores, intérpretes y regiones de una economía nacional; búsqueda de enseñanzas en la obra de los economistas clásicos, volviendo repetidamente a Adam Smith, a David Ricardo —al que tradujo y prologó—, a Stuart Mill... En conjunto, suman algo más de medio centenar de colaboraciones, todas con el sello de un análisis penetrante y de una muy cuidada escritura. Su iniciativa de elaborar la primera *Tabla input-output* de la economía española, a mediados de la década de 1950, un hito del todo sobresaliente en el conocimiento de la estructura económica de España, completará, en este caso como impulsor y director de investigación, la labor del excelente profesor universitario en años de magisterio activo.

Para su suerte, aún tendrá por delante otro tramo por recorrer, y no corto: la quinta etapa en que hemos convenido parcelar su trayectoria biográfica. Veinte años en que Valentín Andrés Álvarez, sin estar en primera línea, ejercerá una suerte de magisterio patriarcal pleno de *auctoritas* sobre colegas y amigos, y también sobre paisanos en su villa natal. Jubilación jubilosa.

La avanzada edad no le impide añadir aún algunos títulos notables a su obra. Dos ejemplos: en el campo de la economía, su estudio sobre la vida, la obra y la trascendencia de Quesnay, publicado en 1974 como prólogo a la edición del *Tableau Économique*; en el ámbito de la producción literaria, la deliciosa *Guía espiritual de*

Asturias, un texto cuya primera versión data de los años cincuenta pero que es revisado y ampliado al hacerse una nueva edición en 1980. Es la edad ideal, en todo caso, para “la recapitulación” (así lo deseaba Julián Marías), tarea bien placentera para Valentín Andrés Álvarez a tenor de las páginas de sus *Memorias de medio siglo*, que se publicarán varias veces y en distintos formatos, a partir de 1973.

Académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desde 1952, este será desde entonces uno de los recintos que más frecuentará, compartiendo con unos y otros académicos el gusto por la conversación y la contienda intelectual que tanto practicara en las tertulias ilustradas del Madrid del primer tercio del siglo. La evocación que un día hiciera Enrique Fuentes del ritual seguido en este salón de plenos por Valentín Andrés cada martes, durante casi tres decenios, es definitivo: “Se ha sentado en su sillón habitual. Ha encendido su pitillo con elegancia y ha realizado ese buen oficio de liberal de lujo consistente en saber escuchar en silencio, sin gestos, sin cohibir a quien expone...”

Vendrán, en fin, los años en que se multipliquen los testimonios de respeto y admiración hacia su persona, con homenajes principalmente en Madrid, Oviedo y Grado. Un final feliz para una vida intensamente vivida, que llega a su término el primer día del otoño asturiano de 1982.

Ser y estar

Anotaré a continuación —y con toda concisión— lo que mi memoria mejor retiene del hombre que tuve cerca no pocas veces en los últimos diez años de su vida. Un hombre que entraba entonces en la senectud —el periodo que sigue a la madurez, según definición académica—, en una ancianidad que trasmitía, más aún que serena aceptación de lo que el paso del tiempo impusiera, agradecimiento por lo vivido y por lo que restara de vivir. Gozosa ancianidad: se envejece como se vive.

He aquí algunos rasgos de su estilo personal. Ante todo, la pulcritud. Esmerado en el gesto y en el habla, se movía con la misma cuidada naturalidad donde la formalidad era exigible que cuando se imponía lo informal. Su apostura no se basaba en talla o parecido corporal, sino en actitud, en la distinción de maneras y gustos. Hasta fumar —y siempre lo hizo con envidiable delectación— se convertía en una prueba de distinción que casi trascendía lo físico.

La discreción era igualmente un marcado rasgo suyo. La discreción como cualidad ética y también estética. Valentín Andrés Álvarez rehuyó siempre protagonismos innecesarios, sin alardear de sus muchos saberes. Mereciéndose en distintos foros un puesto preeminente, prefería optar por compartirlo o restarle relieve.

Quizá eso estaba relacionado con el huir de posiciones extremas. No se dejó arrebatarse Valentín Andrés Álvarez por la tensa polarización de opiniones y actitudes tan frecuente en la vida intelectual y política del tiempo que le tocó vivir. Liberal en sus convicciones y en su conducta, no hizo de ello una militancia ostentosa. Hombre de concordia, políticamente sería encuadrable en lo que se ha dado en llamar “Tercera España”, la que rehúye el frentismo. Y como economista, a su eclecticismo doctrinal le cuadra bien el título de la obra que recoge algunos de sus trabajos dispersos: *Liberalismo económico y reformismo social*.

Nunca tenía prisa o conseguía disimularla, y este era otro signo distintivo. En sus años tardíos resultaba muy aparente, pero toda su obra como escritor y como economista sugiere un modo de trabajar ajeno a la compulsividad, a la inmediatez, retomando con mucha frecuencia pasajes y textos anteriores para ofrecerlos más depurados. Escribía como hablaba: pausadamente, con argumentación bien trenzada, puliendo la expresión y con una caligrafía diáfana. Por eso sus páginas tienen mucho de “artesanía intelectual”, en el elevado sentido que diera a esta expresión Wright Mills. No tuvo prisa para nada

en su vida: ni para cerrar la etapa de formación universitaria, ni para profesionalizarse, ni para publicar, ni tampoco —déjese decirlo— para formar una familia. Su vitalismo era un vitalismo templado por ese no apresurarse.

Y todavía un último componente del todo característico de obra y autor: el humor. Ese que comienza por “reírse uno de sí mismo” (“humor asturiano”, tal como él mismo lo definió). Humor agudo sin llegar a la socarronería, nutrido de la sabia ironía que no agrade y, a la vez, evita cualquier atisbo de engolamiento. Toda la obra literaria y ensayista de Valentín Andrés Álvarez encuentra en ese sentido del humor el tono dominante. Y en su conversación mantenía igualmente tal pauta, buscando el hallazgo ingenioso o la paradoja desconcertante, muy al gusto ramoniano. Y cuando la contradicción surgía, acababa siendo no un freno sino un estímulo, acaso porque el itinerario biográfico aquí expuesto se recrea en la superación de dualidades aparentemente irreconciliables —lo señaló brillantemente Juan Cueto—: las matemáticas y el dadaísmo, la física y la metafísica, la vanguardia y la cátedra, la tertulia y la escritura creadora, la astronomía y el tango, las ciencias y las letras, “en fin, el sentimiento —y compromiso— regional y la pasión indesmayable por lo universal”.

Este fue el hombre lúcido, cercano y cordial que yo traté cuando enfilaba la última vuelta de su camino. Y puedo asegurar que a ella no llegó Valentín Andrés Álvarez como el noble de los versos de Gil de Biedma, “arruinado entre las ruinas de su inteligencia”, sino —diciéndolo al modo de Steiner— como el agradecido invitado al privilegio que fue una vida bien vivida.